

Loach & Orwell

por Paul Preston.

El problema concerniente al *Homenaje a Cataluña* de Orwell y, por extensión al *Tierra y Libertad* de Loach no está tanto en lo que dicen sino en su público y en cómo se perciben. El libro de Orwell es un interesante relato de un testigo ocular partidista sobre un pequeño fragmento de la Guerra Civil Española. Si estuviera recopilando una lista de los cien libros más importantes sobre la guerra, probablemente lo incluiría. Desafortunadamente, para miles de personas, este será probablemente el único libro sobre la Guerra Civil Española que leerán –sus cifras de ventas anuales muestran que gana a cualquier otro libro que trata de la guerra. Así que, no es cuestión de atacar a Orwell, aunque sus percepciones son a menudo erróneas precisamente porque son tan limitadas y localizadas. Se trata de que el libro de Orwell aisladamente da la impresión de que los acontecimientos clave de la guerra sucedieron en el frente de Aragón y durante los días de mayo de 1937 y, peor aún, la idea de que la República Española fue derrotada a causa de la política comunista. El libro de Orwell facilita el que se olvide que la República Española fue derrotada por Franco, Hitler, Mussolini y la pusilanimidad y la estrechez de mente de los gobiernos británicos, americanos y franceses. Stalin tiene mucho que ver, pero NO con la victoria de Franco.



Ken Loach.

En 1986 el Gobierno Español concedió la ciudadanía a los miembros supervivientes de las Brigadas Internacionales que lucharon contra el fascismo durante la Guerra Civil. Fue un gesto de gratitud bien recibido pero tardío y en cumplimiento de las sentidas palabras pronunciadas por la dirigente comunista Dolores Ibarruri, “La Pasionaria” en el desfile de despedida de los Brigadistas, celebrada en Barcelona el 29 de octubre de 1938. Su conmovedor discurso finalizó así: “Motivos políticos, motivos de estado, lo bueno de esa misma causa por la que ustedes ofrecieron su sangre con generosidad ilimitada, les envía a algunos de ustedes de regreso a sus países y a algunos a un exilio forzoso. Pueden ir con orgullo. Sois historia. Sois leyenda. Sois el ejemplo heroico de la solidaridad y universalidad de la democracia... Nosotros no les olvidaremos; y cuando del árbol de olivo de la paz broten sus hojas, entrelazadas con los laureles de la victoria de la República Española, ¡vuelvan! Vuelvan a nosotros y aquí encontrarán una patria”. Se ha tardado más de sesenta años, pero los españoles no son los únicos en retrasarse en dar las gracias.



Pasionaria con milicianos.

Los voluntarios que fueron, estaban entre los primeros en Europa en hacer algo respecto a la amenaza fascista. Refugiados italianos, alemanes y austriacos vieron en la Guerra Civil Española su primera oportunidad de luchar contra el fascismo. Voluntarios franceses (el contingente más numeroso) británicos y norteamericanos fueron a España preocupados por lo que significaría una derrota de la República Española para el resto del mundo. Fueron los primeros en el campo de una guerra que duraría hasta 1945. Estos “antifascistas prematuros” fueron vilipendiados a su regreso a Gran Bretaña, tratados como “la escoria de la tierra” en los campos de internamiento franceses o considerados como peligrosos y antiamericanos en los Estados Unidos. A pesar de esto, los voluntarios supervivientes lucharon en la Segunda Guerra Mundial –después de todo, la guerra antifascista era su guerra. No están resentidos por la falta de reconocimiento universal por su contribución a la derrota del fascismo. Están, sin embargo, indignados ante la creencia, alimentada por el éxito de *Tierra y libertad* de Loach, de que la lucha de los brigadistas y del pueblo español no fue una lucha contra el fascismo español y sus aliados alemanes e italianos, sino más bien parte de una guerra civil intestina izquierdista en el cual el enemigo central era el Partido Comunista.



Cartel de las Brigadas Internacionales.

A pesar de sus muchos méritos, el guión de Loach parece obviar dos factores centrales de la Guerra Civil Española: en sus orígenes fue una guerra social española, y en su transcurso y resultado, fue un episodio dentro de una gran guerra europea que finalizó en 1945. La llegada del setenta aniversario de la victoria electoral del Frente Popular en España, el 19 de febrero de 1936, es un momento apropiado para reflexionar acerca de dónde salió aquella alianza de izquierda y los problemas españoles que afrontó y sobre su defensa heroica en contra de, y posterior derrota a manos de, las fuerzas del fascismo internacional. Durante el proceso, se verá que la maravillosa película de Loach sobre el destino de una pequeña unidad militar trotskista luchando en el tranquilo y periférico frente de Aragón no debería ser considerada por nadie como explicativo de gran cosa acerca de la Guerra Civil Española. Un oficial alemán trajo a un grupo de voluntarios catalanes desde el frente de Aragón para ayudar en la defensa de Madrid. Habían sufrido muchas bajas y estaban totalmente desmoralizados. Se encontró con un miembro alemán de las Brigadas Internacionales, Jan Kurzke, y le dijo: “Hemos venido pensando que sería como en Aragón donde damos un tiro por aquí y otro por allá. No he visto a un maldito fascista desde que llegamos y ya he perdido a sesenta hombres de ochenta y cinco a causa del fuego de artillería.”⁽¹⁾

⁽¹⁾ Jan Kurzke & Kate Mangan, “The Good Comrade”, p.198 (inédito, Jan Kurzke Papers, Archivos del Instituto Internacional de Historia Social, Amsterdam).

Cuando se estableció la Segunda República en España el 14 de abril de 1931, la gente abarrotó las calles de las ciudades españolas con una explosión de júbilo anticipado. El nuevo régimen levantó esperanzas desmedidas entre los miembros más humildes de la sociedad y fue visto como una amenaza por los más privilegiados, los terratenientes, los industriales y los banqueros y sus defensores en las fuerzas armadas y en la Iglesia. Por primera vez, el control del aparato del estado había pasado de la oligarquía a la izquierda moderada. Esto consistía en representantes de la sección más reformista de la clase obrera, los socialistas, y una mezcla de republicanos pequeño burgueses, algunos de los cuales eran idealistas y muchos de ellos cínicos. Juntos, tenían la esperanza, a pesar de considerables diferencias en cuanto a los detalles más minuciosos, de usar el poder del estado para crear una nueva España reduciendo la influencia reaccionaria de la Iglesia y del Ejército, fraccionando las grandes fincas o latifundios y concediendo las demandas autonómicas de los regionalistas Vascos y Catalanes. Estas esperanzas, y el ambiente de fiesta popular que había recibido la llegada de la República, pronto fueron frenadas por la fuerza de las defensas del antiguo régimen.

El poder social y económico –propiedad de la tierra, los bancos y las industrias, además de los principales periódicos y cadenas de radio– permanecían sin cambios. Aquellos que ostentaban ese poder estaban unidos con la Iglesia y el Ejército en el empeño de prevenir cualquier ataque sobre la propiedad, religión o unidad

nacional. Su repertorio de defensa era rico y variado. La propaganda, a través de la poderosa red de prensa de la derecha y desde el púlpito de cada iglesia parroquial, denunciaba los esfuerzos de los líderes progresistas de la República en llevar a cabo la reforma como trabajo subversivo de Moscú. Se fundaron nuevos partidos políticos frondosamente subvencionados para montar una defensa legalista de los intereses de los sectores más poderosos de la sociedad. Se urdieron conspiraciones para derrocar al nuevo régimen. Oficiales del Gobierno y de los sindicatos que buscaban ejecutar la tímida reforma agraria de la República fueron aterrorizados por matones pagados por los grandes propietarios. Cierres patronales rurales y en la industria eran la respuesta habitual a legislaciones dirigidas a proteger los intereses de los trabajadores.

Tanto éxito tuvieron los obstáculos puestos a la reforma que, en 1933, la coalición Republicana-Socialista empezó a resquebrajarse. Eso era en parte un reflejo de las diferentes prioridades de sus componentes –los Republicanos estaban preocupados por encima de todo por la reforma institucional, la separación de la Iglesia Española y el estado, refrenar al militarismo; los Socialistas estaban más interesados en la legislación laboral y la reforma social. En un sistema electoral que favorecía inmensamente a las coaliciones, la decisión de los Socialistas de ir en solitario a las elecciones de noviembre de 1933 fue un trágico error. Le dio el poder a una derecha empeñada en dismantelar las reformas sociales de la República. Los empresarios y terratenientes celebraron la victoria recortando salarios, despidiendo a obreros, echando a inquilinos y subiendo los alquileres. Al partido más grande, el católico CEDA, no se le ofreció el poder porque el Presidente Republicano –el conservador Niceto Alcalá Zamora– sospechaba que su líder, José María Gil Robles, atesoraba ambiciones más o menos fascistas de establecer un estado autoritario y corporativo. De ahí que gobernó el conservador Partido Radical. Dependientes de los votos de la CEDA, los Radicales serían las marionetas de Gil Robles. Se dismanteló la legislación social y, uno tras otro, los principales sindicatos se iban debilitando al irse provocando y reventado huelgas –incluyendo una dura represión sobre un paro a nivel nacional de agricultores en el verano de 1934. Entre la Izquierda se creía extensamente que Gil Robles estaba intentando destruir el sistema Republicano. Había un ambiente de gran tensión. La Izquierda veía fascismo en cada acción de la Derecha; la Derecha olía a revolución en cada movimiento de la Izquierda. Los Socialistas empezaron a amenazar con un levantamiento revolucionario con la esperanza de impedir la destrucción de la República. Gil Robles aprovechó la oportunidad para insistir en que la CEDA se uniera al Gobierno el 6 de octubre de 1934, sabiendo que esto provocaría una respuesta de la Izquierda. El sindicato Socialista, la Unión General de Trabajadores, convocó una huelga general que, en la mayor parte del país fue un fracaso principalmente por la rápida declaración de la ley marcial y el titubeo de líderes Socialistas que no creían que su farol fuera secundado. En Barcelona, un estado independiente de Cataluña “dentro de la República Federal de España” tuvo corta vida. Sin embargo, en los valles mineros de Asturias, militantes de base espontáneos empujaron a los líderes Socialistas a seguir con un movimiento revolucionario organizado conjuntamente con la UGT, el sindicato anarquista CNT y un poco más tardíamente, los Comunistas, unidos en la Alianza Obrera. Durante tres semanas, una comuna revolucionaria resistió heroicamente a las fuerzas represoras coordinadas por el General Franco hasta que finalmente los mineros fueron reducidos a la rendición con fuertes ataques de artillería y bombardeos. La salvaje represión que siguió a la derrota del alzamiento Asturiano iba a ser el caldo de cultivo en el que naciera el Frente Popular –aunque sus ambiciones serían de todo menos revolucionarias.

Fue la creación de dos hombres, Manuel Azaña, líder del Partido Republicano de Izquierda e Indalecio Prieto, líder centrista del Partido Socialista. Ambos, pragmáticos moderados, estaban empeñados en asegurar que las divisiones que llevaron a la derrota electoral de 1933 no se repitieran. Azaña trabajó



Cartel del P.O.U.M.



Portada de *Homenaje a Cataluña*.

intensamente para reunificar a los diversos pequeños partidos Republicanos, mientras que Prieto, desde el exilio en Bélgica, se concentró en contrarrestar el extremismo revolucionario de la izquierda Socialista de Largo Caballero. Azaña se dirigió a multitudes en varias reuniones al aire libre en Bilbao, Valencia y Madrid, en la segunda mitad de 1935. El sólido entusiasmo por la unidad de la izquierda mostrado por los cientos de miles que acudieron, ayudó a convencer a Largo Caballero a abandonar su oposición a una renovación de la coalición electoral Republicana-Socialista de 1931, la cual eventualmente fue conocida como el Frente Popular. Al mismo tiempo, el pequeño Partido Comunista de España, impulsado por la ansiedad de Moscú por un entendimiento con las democracias en contra de las ambiciones agresivas del Tercer Reich, utilizó su influencia con Largo Caballero a favor del Frente Popular. Ellos sabían que para darle el sabor más proletario que él quería, Largo Caballero insistiría en su presencia. De esta manera, los Comunistas encontraron un espacio en un frente electoral que, en contra de lo que decía la propaganda derechista, no era en España, una creación del Komintern aunque sí tomó el nombre de Frente Popular, acuñado en el VII Congreso del Komintern en agosto de 1935. La izquierda y el centro cerraron filas en base a un programa de amnistía para presos, de reformas básicas en lo social y en la educación y libertades sindicales.

A finales de 1935, el Partido Radical se colapsó bajo un maremagno de acusaciones de corrupción y presión de Gil Robles exigiendo políticas aún más derechistas. Se convocaron elecciones para mediados de febrero de 1936. La derecha disfrutó de enormes ventajas económicas al montar una campaña dirigida a asustar a las clases medias. Las elecciones fueron presentadas como una batalla a vida o muerte entre el bien y el mal, supervivencia y destrucción. El Frente Popular basó su campaña en la amenaza del fascismo, los peligros que acechaban a la República y en la necesidad de una amnistía para los prisioneros de octubre. Las elecciones celebradas el 16 de febrero dieron una estrecha victoria a la izquierda en cuanto a votos, pero un triunfo masivo en número de escaños para las Cortes.

El levantamiento de octubre de 1934 y la victoria del Frente Popular hizo añicos la esperanza de la derecha de poder imponer un estado autoritario y corporativo sin tener que luchar una guerra civil. Habiendo predicho que una victoria electoral de la izquierda sería el preludio a los desastres sociales más espeluznantes, Gil Robles no hizo nada por impedir que los miembros más jóvenes de la CEDA entraran en la fascista Falange Española. Al mismo tiempo, él y otros dirigentes de la derecha exageraban la inestabilidad social, tanto en intervenciones parlamentarias como en la prensa, para crear el clima que haría parecer a la clase media que un levantamiento militar era la única alternativa a la catástrofe. Al mismo tiempo, dos años de gobierno agresivo de derecha había dejado a las masas trabajadoras, especialmente en el campo, en un estado de ánimo decidido y vengativo. Habiendo sido ya una vez bloqueada en sus ambiciones reformistas, la izquierda estaba ahora empeñada, por lo menos a nivel local, a proceder con rapidez con la significativa reforma agraria.



Brigadistas británicos.

Sin embargo, el factor central en la primavera de 1936 era la fatal debilidad del Gobierno del Frente Popular. Mientras que Prieto estaba convencido de que la situación demandaba la colaboración Socialista en el Gobierno, Largo Caballero, temeroso de un traspaso de militantes al sindicato anarquista CNT, insistió en que los republicanos liberales gobernaran en solitario. Él creía verdaderamente que los republicanos desarrollarían el programa electoral del Frente Popular y luego, habiendo alcanzado sus limitaciones burguesas, dejarían paso a un gobierno totalmente Socialista. Él confiaba en que, si sus reformas provocaban un levantamiento fascista y / o militar, este sería derrocado por la acción revolucionaria de las masas. De ahí que, usando su poder para impedir que Prieto formara gobierno, Largo Caballero se aseguró de que no hubiera un verdadero Frente Popular. Un gabinete de Republicanos simplemente no era representativo de la gran coalición electoral

que había derrotado a la derecha en febrero. El que las aspiraciones populares no se podían satisfacer con el Gobierno Republicano se demostró con una oleada de requisamientos de terrenos en el sur. Incapaz de satisfacer la necesidad de reformas de las masas y demasiado débil para detener los preparativos de un levantamiento militar, el Gobierno contemplaba cómo la Falange orquestaba una estrategia de tensión, su terrorismo provocando represalias en la izquierda y una sensación de desmoronamiento de la ley y del orden.

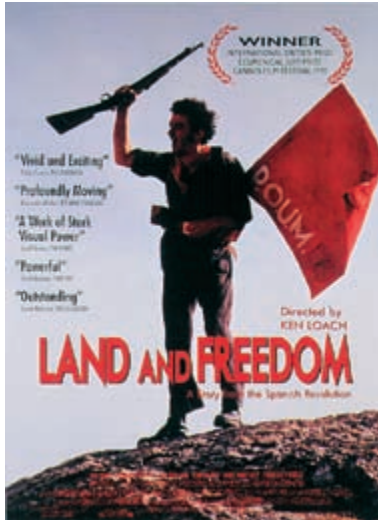
El levantamiento tuvo lugar el atardecer del 17 de julio en la colonia española de Marruecos y en la Península misma la mañana del 18 de julio. Los conspiradores estaban confiados en que todo acabaría en un par de días. Si sólo hubiesen tenido que vérselas con el Gobierno Republicano, quizás sus predicciones se hubieran cumplido. De hecho, España estaba dividida según los resultados electorales de febrero –el golpe tuvo éxito en las pequeñas zonas católicas que votaban a la CEDA. Sin embargo, en los cotos de izquierda de las zonas industriales y de las grandes fincas del sur profundo, el levantamiento fue derrotado por la acción espontánea de las organizaciones de los trabajadores. En cuestión de días, el país estaba dividido en dos zonas de guerra y se daban todas las condiciones para suponer que la República podría aplastar al levantamiento. Mientras que el poder en las calles estaba con los obreros y sus organizaciones de milicianos, todavía existía un Gobierno Republicano burgués que tenía legitimidad en el terreno internacional, control de las reservas de oro y de moneda de curso legal de la nación y virtualmente de toda la capacidad industrial de España. No había mucho de donde escoger entre las fuerzas armadas de cada bando. La preparación de la que carecían las milicias de las clases obreras la compensaban con un entusiasmo que no podía compararse con el de los reclutas del ejército rebelde. Esa situación quedó ejemplarizada en la marina, donde los marineros de izquierda se amotinaron contra sus oficiales de derecha.

Habría, sin embargo, dos grandes diferencias que eventualmente serían determinantes entre los dos bandos –el feroz Ejército Africano y la ayuda de los poderes fascistas. En un principio, el ejército colonial bajo el mando de Franco fue bloqueado en Marruecos por la flota. Sin embargo, mientras que el Gobierno Republicano en Madrid sólo se encontró con titubeos por parte de su gobierno hermano del Frente Popular en París y una hostilidad encubierta de Londres, Franco pudo rápidamente convencer a los representantes locales de la Alemania nazi y de la Italia fascista que debían apoyarle a él. A finales de julio, llegaban aviones de transporte Junkers 52 y Savoia-Marchetti para permitir el traslado aéreo a través del estrecho de Gibraltar de la sanguinaria Legión Extranjera. A esa crucial ayuda temprana, le siguió un flujo regular de asistencia de alta tecnología. En contraste con este equipamiento de vanguardia procedente de Italia y Alemania, junto con técnicos, repuestos y los manuales de taller adecuados, la República, rechazada por las democracias, tuvo que conformarse con el equipamiento caro y obsoleto procedente de traficantes de armas privados.

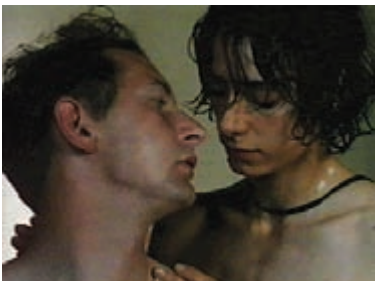
La reacción inicial de la Unión Soviética había sido de profunda vergüenza. El Kremlin no quería que los acontecimientos en España socavaran sus planes minuciosamente preparados para una alianza con Francia. Sin embargo, para mediados de agosto, era aparente que ocurriría un desastre aún mayor si caía la República Española. Eso alteraría severamente el equilibrio del poder Europeo, dejando a Francia con tres estados fascistas en sus fronteras. Eventualmente, se decidió enviar ayuda a regañadientes. Los tanques y aviones que llegaron en otoño eran, junto a la llegada de las Brigadas Internacionales, para salvar Madrid en noviembre de 1936. Sin embargo, también serían utilizados para justificar la intervención de Hitler y Mussolini. La motivación de ambos era principalmente socavar la hegemonía Anglo-Francesa en las relaciones internacionales, pero estaban seguros de encontrar a un interlocutor amable en Londres cuando decían estar combatiendo al bolchevismo.



Cartel Homenaje a las Brigadas Internacionales.



Cartel de Tierra y Libertad.



Fotogramas de la película.

En consecuencia, la República Española estaba luchando no sólo contra Franco y sus ejércitos sino también, si cabe más, contra el poder militar y económico de Hitler y Mussolini. Asediada desde fuera, la República también tenía tremendos problemas internos desconocidos en la zona brutalmente militarizada de Franco. La descomposición del estado burgués en los primeros días de la guerra vio la rápida aparición de los órganos revolucionarios del poder paralelo. Tuvo lugar una colectivización popular masiva en la agricultura y en la industria. Estimulante para participantes y observadores como George Orwell y Franz Borkenau, los grandes experimentos colectivistas del otoño de 1936 contribuyeron poco a la creación de una máquina de guerra. Eso yacería en el corazón de la guerra civil sin declarar que arrasaría la zona republicana hasta mediados de 1937. Dirigentes socialistas como Prieto y Juan Negrín estaban convencidos de que un estado convencional, con control central sobre la economía y los instrumentos institucionales de movilización de masas, era esencial si iba a haber un esfuerzo de guerra eficaz. Los Comunistas y los consejeros Soviéticos estaban de acuerdo –esto no sólo era de sentido común sino que la minimización de las actividades revolucionarias de los trotskistas y anarquistas era necesaria para reasegurar las democracias burguesas con quienes la Unión Soviética buscaba entendimientos. En lo sucesivo, habría una lucha por establecer un gobierno del Frente Popular que colmara las expectativas de los arquitectos de la coalición electoral del Frente Popular de febrero de 1936. Eventualmente, se estableció bajo el mandato de Negrín a partir de mayo de 1937. A pesar de haber aplastado a la revolución, de haber incorporado las milicias obreras a las fuerzas regulares y de haber desmantelado a los colectivos, aún no logró la victoria –no porque las políticas fueran erróneas sino por la solidez de las fuerzas internacionales desplegadas en contra de la República.

En este contexto, la película de Ken Loach, *Tierra y Libertad*, tiene que ser vista como una explicación marginal si no perversa de la Guerra Civil española en la década de los 90. Su principal valor está en su conexión con la Gran Bretaña contemporánea y los temas de sus otras películas mediante el mecanismo cinematográfico que enmarca su acción española. La escena inicial de la película –la muerte de un anciano de izquierdas de Liverpool, David Carr, en un piso cochambroso en lo alto de un edificio azotado por el viento– y el emotivo final en su entierro, enmarcan la acción central en la que su nieta ensambla la historia de su pasado heroico durante la Guerra Civil Española en una unidad miliciana multinacional del casi trotskista Partido Obrero de Unificación Marxista. El mensaje de esa parte de la película por lo menos es claro: el heroísmo desinteresado de este hombre ha llegado a su fin entre la desesperanza de la Gran Bretaña post-Thatcheriana.

Por lo demás, el propósito de la película es, según varias entrevistas concedidas por Loach, recobrar para una público joven algo de la pureza emocional de la “última gran causa”. Es un objetivo loable y conseguido en parte en ciertos momentos cargados de emoción –las tres escenas de funerales acompañados cada uno por los cánticos de los himnos de la izquierda, como *La Internacional* o el anarcosindicalista *A las barricadas* o el apasionado (y magistralmente realizado) debate en un pueblo recién liberado en el frente de Aragón donde los aldeanos y la milicia discuten de las bondades y maldades de la colectivización. Hay también escenas de eficacia didáctica en las que algunos de los grandes temas de la Guerra Civil Española se exponen con naturalidad y en toda su complejidad. Durante el debate obligatorio sobre colectivización, por ejemplo, Lawrence, un comunista americano del grupo, expone la línea del partido, consistente en que la victoria militar debe ser previa a la colectivización, y será refutado por un refugiado alemán, quien atribuye el ascenso de Hitler al abandono cauto y defensivo de los objetivos revolucionarios del KPD y del SPD.

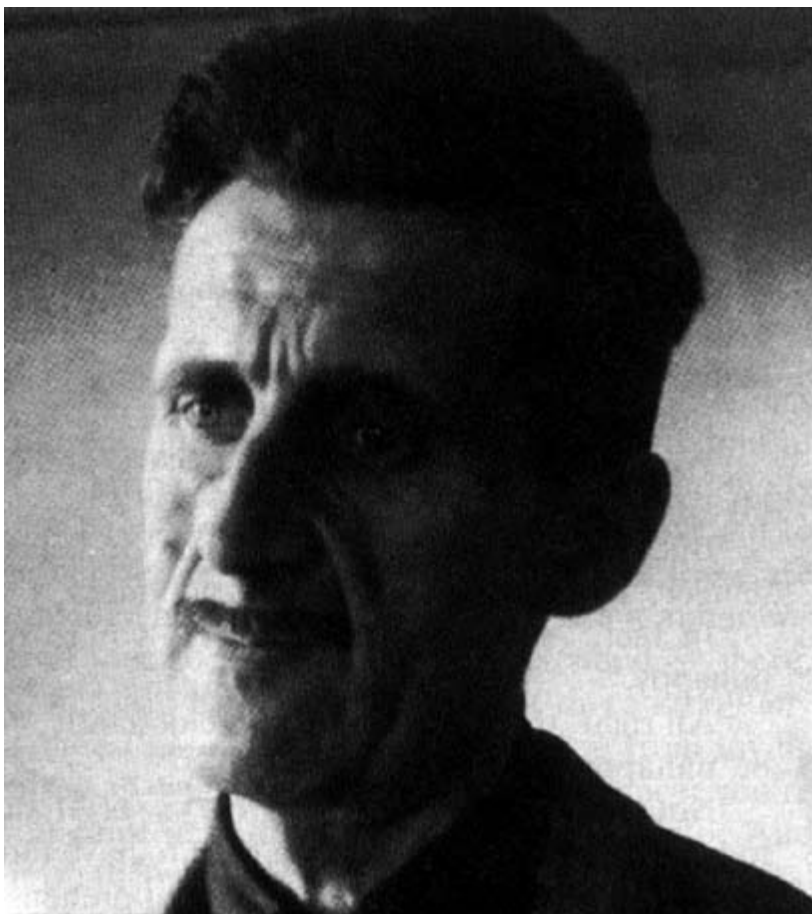
En otras partes, sin embargo, se ha infringido la línea divisoria entre licencia cinematográfica y distorsión. Es fácil ver por qué los Brigadistas Internacionales que se enfrentaban diariamente a la muerte en el frente de Madrid se sienten

despreciados por la autoindulgencia política y personal de los atractivos chicos y chicas de la unidad del POUM en el frente menor de Aragón. En última instancia, el problema está en que la posición de Loach es casi idéntica a la de George Orwell. El *Homenaje a Cataluña* de Orwell es un libro brillante y dolorosamente honesto pero, contrario a la imagen popular de su autor, no es un libro "de verdad". Es decir, no es verdad si se toma, como lo es por la mayoría de lectores, como una visión general de la Guerra Civil Española, cuando en realidad, es un relato limitado y partidista de un acontecimiento relativamente marginal dentro de la guerra.

Uno de los más grandes corresponsales de la Guerra Civil Española, Jay Allen, resumió esto en una carta a otro corresponsal, Louis Fischer. Ambos habían trabajado incansablemente por la causa republicana. "Cojo *Encounter* y debo decir que me canso un poco de que presenten a Orwell de alguna manera en casi cada número como uno de los gigantes del siglo. Después de todo, lo que tenía y dio fue una visión por el ojo de la cerradura de un pequeño sector. Yo estaba interesado en una de sus cartas a Cyril Connolly sobre el libro de Jellinek, diciendo que era el típico rollo del PCE, pero terminaba diciendo que Jellinek era de primera categoría. También la carta congratulándose de no haber estado en Madrid."⁽²⁾

Así pues, tanto en el libro de Orwell como en la película de Loach, mucho menos inocentemente que la historiografía de la Guerra Civil Española patrocinada por el Congreso para la Libertad Cultural, con fondos de la CIA, se permite que un episodio menor eclipse a los acontecimientos más amplios de la guerra. Con la República Española abandonada por los Poderes Occidentales y combatida por Franco, Hitler y Mussolini, sólo la Unión Soviética acudió en su auxilio. Por supuesto, Stalin no lo hizo ni por idealismo ni sentimiento alguno. Más bien fue que, amenazado por la Alemania expansionista, él esperaba como sus predecesores zaristas limitar la amenaza buscando una alianza circundante con Francia. Temía certeramente que, si Franco ganaba la guerra con la ayuda de Hitler, Francia se desmoronaría. En consecuencia, se propuso dar suficiente ayuda a la República para mantenerla viva mientras que se aseguraba que a los elementos revolucionarios de la izquierda no se les permitiera provocar a los conservadores que tomaban las decisiones en Londres de apoyar al Eje en una cruzada anti-bolchevique. Es vergonzoso que el ímpetu revolucionario de la gente española, la mejor cualidad de la República, hubiera sido desaprovechado, o que los sinceros revolucionarios del POUM fueran calumniados como agentes nazis y reprimidos de forma sangrienta por los agentes de la NKVD. Desde luego que es verdad, como argumentaba el francés de Loach, que la búsqueda de la respetabilidad no hizo nada por alterar el desprecio que se sentía en Whitehall hacia la República Española.

Sin embargo, Ken Loach simplifica enormemente la suposición subyacente de la segunda parte de su película de que fue la represión estalinista la que llevó a la



George Orwell.

⁽²⁾ Allen a Fischer, 9 de julio 1962, (Documentos de Jay Allen, amablemente cedidos por el Reverendo J.C. Michael Allen).

victoria de Franco. Hitler Mussolini, Franco y Chamberlain fueron responsables de esa victoria, no Stalin. Como escribía el mismo Orwell en su ensayo de 1943 *Looking back on the Spanish War* “el resultado de la guerra española se decidió en Londres, París, Roma y Berlín –desde luego que en España, no.” Es difícil imaginar cómo una España revolucionaria podía haber tenido éxito sin el apoyo de las armas rusas. De hecho, sin las armas rusas y las Brigadas Internacionales, Madrid probablemente habría caído en noviembre de 1936 y Franco hubiese alcanzado la victoria antes de que los anarquistas y los trotskistas de Barcelona fuesen una realidad.

Hay tantas cosas maravillosas en *Tierra y Libertad* que parecería grosero quejarse de que suficientes partes de ella son históricamente inexactas como para traspasar los límites de la licencia cinematográfica. En una entrevista reciente, Loach comentó que le había inspirado a hacer la película el hecho que la Guerra Civil Española aún permanecía viva en la memoria popular como una lucha antifascista inspiradora. Al igual que Orwell antes que él, Loach ha producido algo que quizás permanezca en la memoria más como un tratado anti-estalinista, que una celebración de aquellos hombres y mujeres españoles y extranjeros, quienes dieron su vida luchando contra Franco y sus aliados del Eje.